

¡Qué triste aspecto ofrecía aquella miserable vivienda!... la pobreza, la estrechez de estas infectas buhardillas, donde se hacían á veces ocho ó diez personas, el declive que forma el techo, dejando apenas respirar, todo en fin hace que al penetrar en ellas una persona acostumbrada á vivir con alguna comodidad, esclame como Blanca:

—¡La atmósfera que se respira es un veneno!... ¡Infelices!... ¡cómo podrán vivir!... ¡Ah! ¡pronto, pronto!... es preciso que desaparezcan estas guaridas propias para los buhos y cornejas, mas bien que para criaturas humanas.

—Ahora se ha dormido, murmuró Adalberto en voz baja; ¡hace tantos días que sus ojos no conciliaban el sueño!...

—¡Silencio, pues! repuso en igual tono Blanca; no interrumpamos su descanso.

Salieron á la otra habitación, donde los niños, acostumbrados á una obediencia pasiva y resignada, á un signo del viejo se habían sentado al borde de la cama y allí permanecían los cuatro sin moverse y en el mayor silencio.

—¡Vamos á ver, hijos míos!... ¿quereis venir conmigo?... les preguntó Blanca dirigiéndose á ellos.

—Con nuestra mamá, sí; solos, no, se atrevió á decir el mayorcito, que tendria unos doce años.

—¡La hemos prometido no abandonarla nunca!... añadió tímidamente el segundo.

—¡Como la pobrecilla llora tanto!... la consolamos nosotros, dijo el tercero alentado por el ejemplo de sus hermanos.

El mas pequeño era una niña de cuatro años, que nada dijo, contentándose con mirar á Blanca, llena de admiracion y con tanta ternura como si hubiera sido á su madre.

—¡Qué hermosa es esta niña!... repuso la jóven reparando en ella y levantándola en alto para mirarla mejor.

—¡Yo sí quiero ir contigo! exclamó la niña.

—Sí, hija mia, todos vais á venir!... ¿Cuántos hijos tiene V.? dijo volviéndose hácia Adalberto.

A esta pregunta, que no esperaba el anciano, se estremeció, va-

ciló unos instantes, dejando conocer su turbacion, y luego repeniéndose instantáneamente, contestó:

—Dos, Ildemaro y Carmela, la madre de estos niños.

—¿Nada mas?....

El viejo, á esta nueva interpelacion, se puso pálido, y como no quisiera engañar á la noble señora que se declaraba su protectora, contestó:

—Teníamos otra hija, pero hace mas de veinte años que desapareció de mi casa, ni la hemos vuelto á ver, ni sabemos si existe; por eso cuento solamente los dos que están en mi compañía.

—¿Y el esposo de Carmela hace mucho que no vive con Vds.? dijo Blanca sin hacer ninguna observacion á la confidencia que acababa de hacerla el anciano.

Puede decirse que nunca ha vivido; mi pobre hija ha sido en verdad muy desgraciada.

—¿Y la esposa de V.? le interrumpió Blanca continuando su interrogatorio.

—Mi esposa ha salido con Carmela; pronto volverá, y si V. la vé, encontrará en ella una víctima de sus hijas; su prematura vejez, sus anticipadas canas, ellas las han hecho brotar antes de tiempo.

—En cambio de esas amarguras, en Ildemaro han tenido Vds. un ángel.

—¡Es verdad!.... El Señor en su infinita sabiduría dá para cada dolor un consuelo. Ildemaro ha sido el sosten, el amparo, por decir así, de nuestra combatida y achacosa vejez.

—¿Hace mucho tiempo que están Vds. en Madrid? volvió á preguntar Blanca, sentándose con distraccion y conservando las manecitas de la niña entre las suyas.

Al ver Adalberto este ademan, se apoyó en el quicio de la ventana, cuyos cristales abrió para que el aire refrescase algo la habitacion, y dijo, contestando á la pregunta anterior:

—Si para enterarse á fondo de nuestra situacion, desea V. que la refiera la dolorosa historia de mi vida, lo haré con mucho gusto.

—Bien; pero siéntese V., con eso daremos tiempo á que vengan la esposa de V. y la madre de estos niños.

El anciano tomó asiento en un taburete, apoyó ambas manos en el extremo del baston como para sostener el peso de su cuerpo, y con voz tranquila, aunque triste, comenzó á hablar de esta manera:

—Mi nombre es Adalberto Guanter, mi profesion saestre, mi pueblo natal Búrgos. Me casé á los treinta años, y tuve en seguida una tras otra, dos niñas, la primera llevó el nombre de Cristina, la segunda Rita.

Por espacio de algun tiempo fui feliz; mi esposa era un ángel, y ocupados siempre en el cuidado de nuestras tiernas hijas, pasaron ocho años con la rapidez del pensamiento.

Yo trabajaba de primer oficial en casa de un afamado maestro de la poblacion, y aunque no era una cosa muy en grande, reunia un sueldo bastante regular para satisfacer las necesidades de la casa, pues como artesanos, nuestras aspiraciones eran modestas, nuestros gustos sencillos, por lo cual vivimos sin disgustos de ninguna especie, hasta el dia en que Cristina cumplió catorce años.

Estaba hecha una mujer y era hermosísima.

Mi esposa, envanecida con su belleza, quiso engalanarla de un modo superior á nuestra posicion y á nuestra clase; de aquí vinieron todos nuestros males, se acostumbró á un lujo que no pudimos sostener en adelante y creció en ella con los malos instintos que ya la dominaban, un inmoderado deseo de brillar y de tener amantes.

Por desgracia, el primero que tuvo fué un malvado; no contento con seducirla, con engañarnos fingiéndose soltero, la sacó de nuestra casa aprovechándose de nuestro sueño y del silencio de la noche, y se la trajo á Madrid.

Aquel fué para nosotros un golpe terrible. Mi reputacion de hombre honrado, adquirida en treinta años de ímprobo trabajo y de virtudes, vino al suelo en un momento por la infamia de una hija. ¡Ay! nos quedaba otra muy diferente á su hermana; pero no bastaba que fuese buena para rehabilitarse en el concepto que con todo

el pueblo nos pusiera Cristina. Así fué sufriendo las consecuencias de aquella falta por espacio de un año; en este tiempo vió que sus amigas la desdeñaban, los jóvenes que antes la favorecían y galanteaban, se retiraron por completo, y los amigos que teníamos, fueron poco á poco esquivando nuestro trato.

El dolor que la ocasionaron estos desengaños, la hizo caer enferma, estuvo á las puertas de la muerte, y tuve, por consejo de los médicos, que sacarla de Búrgos á fin de conseguir su completo restablecimiento.

Levanté casa y nos vinimos á Madrid.

Aquí me favorecieron algunos paisanos, amigos de la niñez, proporcionándome obra en mi casa. Me alegré mucho porque la vergüenza me hacía subir los colores al rostro cuando me presentaba delante de gentes.

Mi pobre Rita se fué mejorando gradualmente y creció al paso que en robustez, en hermosura.

¡Ay! ¡nunca hubiera creído!... Deseamos la vida de un hijo sin pensar que á veces le condenamos á una eterna desgracia.

Así le sucedió á la mía: apenas se puso buena y calmados algun tanto los acerbos sinsabores que sufríamos, comenzó á salir, dejándose ver en algunos sitios de la capital. Se enamoró de ella un joven capitán retirado, hombre al parecer muy formal, honrado y de buen carácter.

Contaba, segun nos dijo, con un capitalito de unos cuatro á cinco mil duros, los que, invertidos en varios negocios, le producían un sueldo regular y lo suficiente para vivir con decoro.

Nunca pudimos nosotros desear tan buen partido para nuestra hija, y con la sencillez de los habitantes de provincias que ignoran las intrigas cortesanas, nos apresuramos á recibirle en casa, admitiéndole en el seno de la familia y creyendo de buena fé cuanto nos quiso decir con respecto á su anterior conducta y á su posición.

Él estaba locamente enamorado de mi hija, por lo cual, abreviando lo posible las diligencias, dispuso el casamiento inmediatamente, efectuándose á primeros de Julio de 1834.

Los quince dias siguientes á su boda fueron y fuimos todos felices, gozando con ansiedad de una ventura tan nueva como inesperada.

Nos habiamos trasladado á un cuarto principal bastante espacioso en la calle de la Independencia, donde viviamos reunidos los cuatro con el pequeño Ildemaro, que entonces contaba ocho años, disfrutando de la mas franca y tranquila cordialidad.»

—En su narracion advierto que ha omitido V. el nacimiento de Ildemaro...., dijo Blanca, presintiendo algun misterio en aquella omision.

—Este es un secreto que la revelaré cuando esté perfectamente iniciada en todos los que conciernen á mi familia.

—¿Luego este jóven no pertenece á ella?

—No, señora; ha pasado siempre por hijo mio; pero no lo es mas que en la apariencia.

Una especie de triste gemido resonó en la alcoba y el crugir de la cama como cuando una persona se echa de golpe en la almohada.

—¿Habrá despertado?... voy á ver, murmuró Adalberto levantándose con la ligereza que sus débiles piernas le permitian y entrando en el cuarto del enfermo.

Se acercó á la cabecera, le examinó, y volviendo á salir, dijo con entera confianza:

—Duerme tranquilo; ¡ay! no quisiera que sospechase la triste historia de su vida.

Empero Ildemaro estaba despierto; vió á la hermosa señora, y estimulada su curiosidad, se sentó en la cama escuchando la conversacion sin perder una sola palabra.

A la impensada revelacion de que Adalberto no era su padre, cayó sin fuerzas sobre la almohada, se fingió dormido al acercarse éste, y cuando salió, volvió á sentarse, prestando á lo que hablaban la mayor atencion.

—El anciano continuó:

—Sobrevinieron los acontecimientos del 47 de Julio: el cólera haciendo estragos por todas partes, y una revolucion impía esten-

diendo la alarma y el espanto en todo Madrid. Ya dos ó tres días antes habíamos visto á Geroncio, así se llama mi yerno, muy desasegado, muy inquieto, haciendo preparativos de armas y municiones, que repartían entre muchos amigos y compañeros suyos que le visitaban en las altas horas de la noche.

Su estraña conducta nos alarmó; quisimos interrogarle, y nos prohibió de un modo absoluto que nos mezcláramos en sus actos.

Amaneció el funesto día 17, él habia pasado la noche fuera de casa, vino temprano, recogió algunos papeles, y despidiéndose de nosotros y de su muger, pretestando un viaje de algunos días, se marchó, dejándonos anonadados, llenos de dolor, de ira y de vergüenza al propio tiempo.

Cinco años pasaron sin que le volviéramos á ver.

A fuerza de indagaciones, conseguimos saber que fué siempre un hombre de malos antecedentes; revolucionario por conveniencia y por cálculo, estaba vendido al partido carlista, y era el espía que tenían en la corte y el instrumento de que se valieron para promover el espantoso motin cuyas inmediatas consecuencias fueron la espulsion de los frailes; no habiendo podido conseguir que triunfase su partido.

Desde aquí se marchó á la faccion; por allá estuvo cinco años, y algun tiempo en Francia. Luego, acogiéndose al indulto que les permitió volver á sus hogares, vino á Madrid; pero miserable, estropeado y sin un pedazo de pan que llevar á la boca.

Por fortuna suya aun viviamos en la misma casa, sosteniéndonos con mucho desahogo, gracias á mi trabajo y al de su muger y la mia, que ayudándonos mutuamente, pusimos un obrador de sastretería, viendo á poco recompensados nuestros esfuerzos por los muchísimos parroquianos y la infinidad de prendas que se confeccionaban diariamente.

Se nos presentó humilde, arrepentido, contándonos una historia en su mayor parte fingida, pidiéndonos perdon por su extravío, por su aparente abandono, y haciendo á su muger mil protestas de cariño y de eterna fidelidad.

Rita, que le amaba con delirio, le perdonó; consiguiendo á fuer-

za de súplicas y de lágrimas que le admitiésemos otra vez en nuestra compañía.

Al cabo de un año su matrimonio se consolidó con el nacimiento de Albertito, el niño mayor que tienen.

—¿Éste? añadió Blanca señalando al mas alto.

—Sí, señora, contestó el anciano, y prosiguió diciendo:

—Entonces, viéndole constantemente al lado de su esposa y con la mayor sumision y ternura, creyendo se portaria como un hombre de honor, le confió la direccion de la casa, que ya por entonces tenia mucho crédito y era uno de los mejores establecimientos de la corte, continuando yo al frente del obrador.

Año y medio despues nacieron de un parto Cosme y Damian; con este acontecimiento que multiplicaba la familia, la aplicacion de su padre creció; siempre estaba trabajando sin apartarse del mostrador y atento á los negocios mercantiles, que iban en mayor escala cada dia.

A todo esto y como Rita estuviese delicada, se empeñó en mandar los niños á un pueblo cerca de Valladolid, donde tenia un amigo. Allí dos robustas aldeanas se encargaron de su lactancia. Albertito continuó con nosotros hasta diez y seis meses despues que nació Angela, esta hermosa niña que tiene V. á su lado.

Blanca fijó en ella los ojos y la besó en la frente.

El anciano continuó:

—Tambien se opuso á que su esposa la criase, pretestando su salud y lo conveniente que les eran á los niños los aires del pueblo. Empero Rita hizo un empeño formal en lactarla por sí, y para conseguirlo, tuvo de aceptar la condicion que la impuso de marcharse siquiera seis meses á reunirse con sus hijos.

Era verano, y esta proposicion fué mas bien que con disgusto, admitida con placer; se fueron todos, hasta mi esposa, que no quiso abandonar á sus nietos, quedando solos en casa él, Ildemaro y yo. O por mejor decir, los dos solos, porque Ildemaro trabajaba ya en el establecimiento de Mr. Ernesto, y en aquella época, á solicitud de mi yerno, le admitió en la casa para dormir tambien, viniendo á visitarnos solamente los domingos.

A los dos meses de permanecer así, cai enfermo; Geroncio se empeñó en separarme del trabajo y puso un oficial que desempeñase el cargo que á mí me estaba confiado.

Su cariño, sus atenciones para conmigo eran tan estremadas, que nunca recelé en él una maldad, y con la mayor confianza me fui á reunir con la familia, dejándole en la casa como dueño absoluto y con amplios poderes para hacer y deshacer á su antojo.

Nos escribía diariamente siempre cariñoso y solícito, animándonos á continuar en el campo; pues, segun decia, los calores en la corte se hacian insoportables.

De repente las cartas cesaron.

Escribimos á Ildemaro preguntándole si Geroncio estaba enfermo, y la contestacion fué que habia desaparecido, y que nos volviésemos á Madrid enseguida, porque el establecimiento se hallaba cerrado.

¡Ah, señora! ¡cada vez que me acuerdo, tiemblo de furor! ¿Sabe V. lo que hizo el infame? Recoger los fondos, vender las existencias á menos precio, y dar en quiebra, desapareciendo de la noche á la mañana y dejándonos á todos en la mayor miseria, sin techo donde guarecernos y sin un pedazo de pan que ofrecer á sus hijos.

En seguida nos trasladamos á la corte; la autoridad se habia posesionado de la casa, y no tuvimos otro remedio que sufrir la desgracia, metiéndonos por de pronto en un cuarto tercero de esta misma casa, que ya Ildemaro tenia preparado para recibirnos.

El sentimiento agravó mi dolencia; mi esposa tambien cayó enferma, costándonos á los dos estar en cama cerca de tres meses. A todo esto contábamos por único recurso con el sueldo de Ildemaro, que aunque suficiente para él, no era bastante para una familia tan numerosa como la nuestra. Esta consideracion nos obligó á reducirnos un poco mas, adoptando como una de las medidas económicas, el subirnos desde el piso tercero á la buhardilla.

Un nuevo dolor nos aguardaba: la enfermedad de ese querido niño, nuestro único amparo, el consuelo, el sosten de nuestra vejez, que hubiera sucumbido indudablemente sin la noble protec-

cion que tanto su señora de V. como su digna amiga se han servido dispensarnos.

—¿Y Rita no ha vuelto á ver á su esposo?

—Sí, señora, hace poco tiempo; sin embargo de ir disfrazado, creyó reconocerle, le siguió, y viéndole entrar en una casa, preguntó por él, se lo negaron; desde aquel día apenas para en casa; de día y de noche le busca por Madrid, habiendo jurado no descansar hasta que le encuentre.

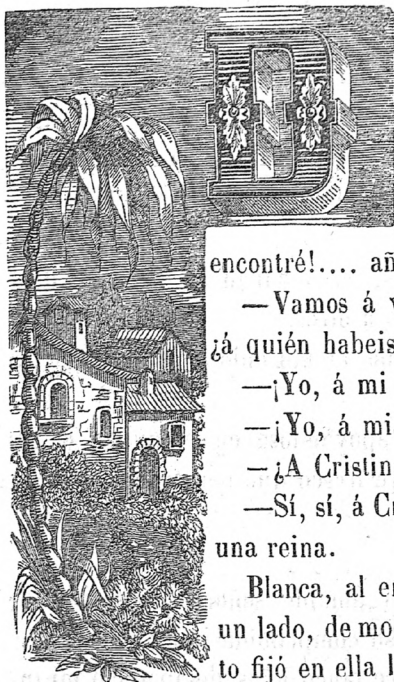
Hoy mismo, animadas de esa esperanza, han salido las dos, la madre y la hija.»

La puerta de la buhardilla se abrió con estrépito.



CAPITULO XI.

Continúa el anterior.



Las mugeres se precipitaron en la estancia.

—¡Ya le encontré! ¡ya le encontré!.... gritó la mas jóven.

—¡Ya la encontré!.... ¡ya la encontré!.... añadió la anciana.

—Vamos á ver..... ¿qué es esto? esplicaos: ¿á quién habeis encontrado?

—¡Yo, á mi marido!....

—¡Yo, á mi hija!....

—¿A Cristina?.... ¿estás loca?....

—Sí, sí, á Cristina, la he visto con el boato de una reina.

Blanca, al entrar las dos mugeres, se retiró á un lado, de modo que no pudieron verla; Alberto fijó en ella los ojos, entonces volvieron la cabeza y se callaron.

—¿Quién es esta señora? preguntó Rita á media voz.

—Continuad dándonos parte de vuestros descubrimientos, añadió el anciano: es nuestra protectora y faltaba vuestro relato para el complemento de la historia que acabo de referirla.

—¡Si era una señorita joven!... murmuró la anciana refiriéndose á Tránsito.

—Y bien, yo soy su amiga y vengo en su nombre; pueden Vds. seguir hablando con entera confianza.

Blanca dijo esto con una voz tan dulce, tan persuasiva, que hizo honda impresion en ellas. Animándose por grados Rita la miró y prosiguió diciendo:

—Si mi padre ha enterado á V. de nuestra desgracia, sabrá que mi marido es un infame; no contento con robar á mis padres abusando escandalosamente de su confianza, me deja abandonada con cuatro criaturas.

—¡Eso es atroz y merece un castigo severo!... murmuró Blanca.

—Y porque le merece, quiero que le reciba y ha de ser de mi mano; esta es la causa de seguirle por todas partes, sin que hasta hoy me haya sido fácil encontrarle.

Adalberto, cansado de tantas emociones, se habia sentado en un taburete; su muger, de rodillas delante de él, le referia el encuentro con su hija.

Los niños, pálidos y macilentos, escuchaban en silencio, dirigiendo la asombrada vista de unos á otros.

Ildemaro desde la cama prestaba atento oido á la conversacion que transcribimos.

Blanca adelantó unos pasos, y apoyándose en el quicio de la ventana, respiró con delicia el aire fresco que penetraba por ella; luego con un signo dijo á Rita:

—Continúe V.

Animada por la bondad de tan amable señora, prosiguió de este modo, dando rienda suelta á su comprimida indignacion:

—Figúrese V., señora, que hace cinco años desapareció mi indigno marido de Madrid, sin que nadie, ni aun la autoridad, á pesar de las diligencias que se han practicado, hayan podido encontrarle. Sin duda con el dinero que robó á mi padre, se procuró un buen escondite, donde ha vivido oculto hasta hace poco tiempo que le ví en la calle.

Quise hablarle, y sin duda hubo de conocerme, porque echó á correr y desapareció en un portal. Desde entonces le he seguido la pista, día por día, y paso á paso, no queriendo presentarme á él por evitar entre en recelo y se nos escape.

Esta mañana salimos temprano, mi madre fué á situarse delante de una casa en la calle del Rosario, donde le hemos visto entrar varias veces, y yo á otra en la calle de Atocha, que debe ser la que habita.

Efectivamente; apenas serian las siete, le ví salir disfrazado con unas grandes patillas y unos anteojos verdes. Sin embargo de esto, le conocí, y resuelta á todo, eché detrás de él. Se fué derecho al Retiro. Entró por el patio grande y se dirigió á un sitio donde una señora le aguardaba. Hablaron largo rato, mientras yo observaba en silencio á cierta distancia que me impedía escuchar la conversacion.

Al cabo de una hora, ella se marchó en un coche que la esperaba, y él se fué á pasear por la calle de Alcalá. Mas de dos horas estuvo dando vueltas por delante del palacio de una señora extranjera.

—¿La condesa Blanca?....

—Justamente; así me han dicho que se llama.

—¿Y qué hizo allí?

—Sin duda observar, como yo le observaba á él.

Del interior del palacio salió un coche; á la distancia en que me hallaba no pude ver quién iba dentro; apenas se alejó, entró mi marido con precipitacion en el palacio. Me dirigí allá, le ví haciendo contorsiones con unos criados que parecian extranjeros, pidiendo sin duda permiso para entrar, pero no debió serle concedido, porque poco despues salió.

A fin de que no me viera, tuve que atravesar otra vez la calle y ocultarme en una casa de enfrente, á todo esto sin perderle de vista.

Pasó un coche de alquiler, se metió en él, y con sorpresa mia, no se movió de aquel sitio, permaneciendo escondido mas de media hora dentro del coche.

—¿Y qué hacía allí?

—Aguardar ocasion para, cuando los criados estuviesen distraídos, penetrar en el palacio.

—¿Y lo consiguió?

—Sí, señora; pasó tropa, los porteros salieron á la puerta, se agolpó una porcion de gente, y él, aprovechando un momento de descuido, se escurrió por detrás de ellos y se metió corriendo por una puerta que hay á la izquierda y que debe conducir á un jardín, porque á través de los cristales, se ven árboles.

—¿Y no avisó V. á los criados?

—No, señora; me convenia que permaneciese allí.

—¿Y con qué objeto?

—Con el de sorprenderle en algun nuevo crimen sin duda; porque él no ha entrado en esa casa con buenas intenciones. Ahora he venido á decírselo á mi padre y á buscar las pruebas de su infamia para presentarlas á la autoridad, haciendo que me acompañen algunos agentes al sitio donde se halla, sorprendiéndole y llevándole á la cárcel para que pague de una vez todas sus picardías.

—No es muy acertado el cálculo de V.; perdone que se lo diga.

—¿En qué se funda V. para creerlo así?

—En una razon muy sencilla: primero que V. consiga ver al jefe de la policia, enterarle del asunto, probarle la culpabilidad de su esposo y los derechos que á V. asisten para obrar así, ya no estará donde le ha dejado.

—¡Es verdad!... murmuró Rita pensativa, ¿y qué haremos?

—Si quiere V. fiarse de mí, yo le pondré en sus manos.

—¿Usted? ¿y cómo?

—Muy sencillamente: vénganse Vds. conmigo; vamos al palacio de la condesa Blanca, mande guardar todas las salidas, y si aun está allí, se le busca y se le encierra donde no tenga escape.

—¡Esto sería una felicidad!... ¿y V. puede hacerlo?

Adalberto dijo entonces á su hija que aquella señora habia ido á socorrerlos en nombre de la dueña del palacio donde Geroncio estaba escondido.

Ya no dudó mas, y siguiendo sus indicaciones, bajó con los cua-

tro niños, montando en un coche que por orden de Blanca la aguardaba en la plazuela.

Ésta quedó aun con los ancianos unos instantes.

—Ahora cuénteme V. cómo ha encontrado á su hija, dijo á la anciana.

—La he visto salir de una casa muy hermosa en la calle del Rosario; iba lujosísima, llevaba el velo del sombrero levantado, por lo cual, apenas la ví, no pude menos de lanzar una exclamacion de sorpresa.

Fué á subir en un coche que la esperaba. Con un pié en el estribo me lancé á ella exclamando:

—¡Hija mia!.... ¡Cristina!.... ¿eres tú?....

Empero se volvió con rabia, y con un tono de voz que penetró hasta lo mas profundo de mi corazon, exclamó:

—¡Apartad de aquí á esa mendiga!....

Los criados obedecieron; yo me desmayé; cuando volví en mi acuerdo, me encontré en una barbería, donde sin duda me trasladaron algunas personas caritativas.

Repuesta algun tanto, me vine hácia aquí; en el camino encontré á Rita, se lo he contado, y lo mismo que su padre, me acusa de visionaria; pero yo tengo una seguridad de que es ella, y mucho mas al oír su voz, que no se me olvida nunca por haber resonado quince años en mis oídos.

—Pero en cambio, ¿cuántos años hace que V. no la vé ni la oye?

—Ha veinticinco que desapareció de nuestra casa.

—En este tiempo puede haberse desfigurado, y no es fácil reconocerla á primera vista.

—Eso la digo yo, añadió Adalberto.

—¡Oh! no, no; aunque los ojos se equivoquen, el corazon de una madre es profético y no se engaña nunca.

—Quizá tenga V. razon; yo la prometo averiguar lo que haya de verdad en esto; mas V. en cambio prométame no dar paso ninguno por su parte.

—Nosotros haremos cuanto V. nos mande, dijo Adalberto.

—Sí; desde luego dispongan Vds. de nosotros como gusten, añadió la anciana.

—Bien, ahora refiéranme lo que sepan de Ildemaro.

Adalberto sacó un pañuelo de su bolsillo, enjugó el sudor que bañaba su frente, y haciendo un esfuerzo, dijo así:

—Cuando, avergonzados por la conducta de Cristina, nos vinimos aquí desde Búrgos, fuimos á hospedarnos en casa de una señora anciana llamada doña Aleja, á quien nos recomendó un amigo mio, en tanto que buscábamos habitacion para vivir. Esta señora nos cedió el gabinete y la alcoba; se reservó para ella la sala, y en el gabinete que habia al otro extremo de la sala, puso á una jóven que, enteramente cubierta con un velo, se presentó el mismo dia que nosotros.

Un caballero la acompañaba, se marchó y volvió á visitarla por la noche.

Tres dias pasaron; no la volvimos á ver, ni aun oimos el metal de su voz, siendo probable que ni siquiera reparase en nosotros, porque se metió en su cuarto, de donde no volvió á salir.

A la tercera noche sentimos algun ruido en la casa; doña Aleja andaba de aquí para allí muy inquieta.

Yo con el buen deseo de ser útil, me levanté y la dije:

—¿Se ha puesto V. mala? ¿podemos servirla en alguna cosa?

—¡Ay! ¡sí, señor!.... vístase V. y me hará un favor muy grande, me contestó.

Efectivamente, lo hice; salí á la sala, y escuché con sorpresa algunos gemidos que salian del gabinete de la desconocida.

—¿Qué hay? la dije.

—Está de parto, me contestó atribulada, y no tengo aquí ningun criado que pueda avisar á su marido.

—¿Está casada?

—Sí, pero en secreto, segun me han dicho; porque no consentian la boda la familia de él.

—¿Y qué hacemos? ¿Llamaré á mi muger?....

—No hay necesidad; yo la asistiré con un comadron que ha ido á buscar el sereno. Lo que deseo de V. es que me haga el favor de ir á llamar á su marido.

—¿Cómo se llama, y dónde vive?...

—En la calle del Aguila, núm. 80; es el conde del Olivo; pero tiene V. que avisar á su ayuda de cámara Ruy Perez.

—Está bien; antes de quince minutos estamos de vuelta, dije tomando el sombrero y lanzándome con rapidez á la calle.

En efecto; apenas indiqué la comision que llevaba, cuando salió un caballero de gallarda y arrogante figura. Le acompañaban dos criados, que se trasladaron con él y conmigo á casa.

Al entrar, nos salió á recibir doña Aleja, diciéndonos:

—¡Gracias á Dios, ha salido con bien!.... ¡un hermoso niño!..

El conde se precipitó en el cuarto. La vieja le siguió.

Media hora despues salió el conde, llevando en sus brazos al recién nacido. Se dirigió a mí.

—Me han dicho que tiene V. una esposa y una hija, ¿quisieran encargarse de cuidar este niño hasta que se le proporcione una nodriza?

—Con muchísimo gusto; traiga V. y descuide, que será atendido con esmero.

—¿Y le podrán Vds. buscar una nodriza?

—Mañana, sí, le contesté.

—Entonces tome V., para sus alimentos.

Y al darme el niño, me entregó una cartera llena de billetes de Banco.

Me entré con el niño en mi gabinete, pero no dejé de observar que los dos criados que el conde llevó, sacaron en un sillón á la recién parida y se la llevaron aquella misma noche, acompañándolos doña Aleja.

Quedamos solos en la casa; al siguiente dia por la mañana recibí una carta, en la cual se me decia que bautizase al niño poniéndole mi apellido y el nombre de Ildemaro, y que le conservase como si fuera hijo mio, hasta que sus padres, con una sortija igual á la que me incluian, se presentasen á reclamarle. Además, se me indicaba, que podia disponer en la casa de doña Aleja como si fuera mia, porque aquella señora habia muerto. Recomendábanme por último muy eficazmente, que ocultase el niño y negase lo ocurrido, si la justicia se presentaba á indagar el hecho.

Apenas recibí esta carta, y por miedo de encontrarme sin necesidad envuelto en un proceso, cogimos nuestro equipaje y nos marchamos á una posada, dejando el cuarto cerrado y la llave puesta.

Aquel misterio me espantaba; la desaparicion de la madre del niño y la muerte de la vieja, fueron dos cosas que me hicieron temblar, adoptando en su consecuencia el medio que he indicado.

A los pocos dias nos fuimos á vivir á un modesto cuarto principal de la calle de Atocha, donde Ildemaro se ha criado, y Rita se casó ocho años despues de este acontecimiento.

—¿Y no ha procurado V. buscar al conde del Olivo?

—Sí, señora: he ido muchas veces á su casa, y nadie me ha dado razon de él; siempre me han dicho que está fuera.

—¿Y él no ha procurado saber de su hijo?

—Jamás, aunque le dejé las señas de la casa á donde nos mudamos. Cuando se casó Rita, que fuimos á vivir á la calle de la Independencia, volví otra vez, y me encontré con que habian derribado la casa y estaban edificando otra nueva. Pregunté por el conde, y me dijeron que habia muerto. Desde entonces no me he cansado en hacer nuevas indagaciones.»

Adalberto calló.

Por espacio de algunos instantes reinó en la reducida buhardilla un silencio profundo.

Blanca, con la mano en la frente, el codo en el quicio de la ventana y los ojos cerrados, estaba sin duda recordando algun lejano acontecimiento que tuviera relacion con lo que acababa de escuchar.

Súbitamente su fisonomía tomó una espresion de inteligencia muy marcada, como si una nueva luz la iluminase. Abrió sus grandes ojos, animados de un cierto placer, é irguiéndose de pronto con ademan altivo, sin acordarse de que la convenia seguir apareciendo con su disfraz de vieja, entró en el cuarto de Ildemaro.

La rapidez de este movimiento no dió tiempo al enfermo para prevenirse, permaneciendo sentado en la cama, segun estaba escuchando.

Blanca se acercó.

—¿Cómo se encuentra V.? le preguntó con un acento de estre-mada dulzura.

—Perfectamente, señora; gracias al doctor negro, que me ha devuelto la salud.

—¡Ah! su ciencia es infinita y tiene recursos para todos los males.

—Del cuerpo...., contestó con indefinible tristeza Ildemaro.

Blanca comprendió á primera vista que el jóven habia escuchado la historia de su nacimiento, y se apresuró á decir:

—Tambien cura los del alma y los del corazon, si con fé se propone á ello.

—¡Imposible! no hay ciencia humana que ejerza un poder tan grande.

—¡Quién sabe! Usted es demasiado jóven para juzgar de un modo absoluto en cuestiones tan graves.

Hacia unos instantes que los ojos de Ildemaro estaban fijos en la misteriosa dama; aquel timbre de voz resonaba grato en su oido, y la mirada de sus ojos le fascinaba con una especie de atraccion magnética, imposible de resistir.

Iba á contestar el jóven, cuando la puerta de la buhardilla se abrió y apareció el doctor negro.

Blanca, saliendo á la estancia inmediata, indicó á Adalberto y á su muger que podian marcharse á la habitacion que les tenian preparada, trasladándose á ella en uno de los coches que aguardaba en la plazuela.

El anciano, dispuesto siempre á obedecer las órdenes de aquella muger misteriosa, tomó su sombrero y se dirigió sin vacilar á la escalera.

Su muger se atrevió á decir:

—¿Y queda solo Ildemaro?

—¿No estamos nosotros aquí?.... dijo Blanca señalando al doctor con un ademan tan magestuoso, que la vieja, sin replicar una palabra, fué á reunirse con su esposo.

Bajaron al portal; dos criados, que sin duda estarian ya prevenidos, los hicieron montar en un coche, y tomando la direccion que poco antes habia tomado el que llevaba á Rita y á sus hijos, desapareció por la calle de Carlos III.

Inmediatamente subieron á la buhardilla dos negros á recibir las órdenes de su señora.

CAPÍTULO XII.

Ildemaro.



No hay heridas mas difíciles de cerrar que las que se abren en el amor propio de un individuo, ya sea muger, ya hombre.

Así le sucedió á Ildemaro; mientras se consideró hijo legítimo de un matrimonio honrado, fué feliz, por mas que la fortuna se les mostrase contraria; empero al escuchar la fatal revelacion que le convertia en un expósito miserable, sin padres y sin nombre, sintió un dolor agudo en el corazon, y al presentarse Blanca, no pudo disimular su amargura.

El noble jóven habia sido desde su infancia un modelo de honradez, de laboriosidad y de talento.

Cuando Geroncio dejó á los que él tenia por padres en la miseria, se salió de casa de su maestro y fué á vivir con ellos; creciendo su aplicacion desde aquel momento y entregándoles íntegro el producto de su extraordinario trabajo.

La casualidad le reunió con los hijos de Marciana en una de las academias donde aprendian juntos el francés. Simpatizaron mutuamente, hiciéronse amigos y desde entonces frecuentó varias noches la modesta tertulia donde conoció á Tránsito y á Blanca, no á la que tenia delante con la semejanza de una grave y anciana señora, sino á la jóven morena, sencilla y pobre que trabajaba durante el dia en un taller de modista.

Blanca, sin pretenderlo, sin desearlo siquiera, se hizo amar del jóven, pero con un amor profundo, inmenso, que en pocos dias se convirtió en el impresionable y sencillo corazon de Ildemaro en un volcan abrasador.

Cuando quiso poner remedio, ya no le tenia; vió la herida abierta, y en la dificultad de cicatrizarla, tomó el partido de ausentarse, á ver si la ausencia curaba lo que no podia curar por sí misma, correspondiendo á un amor que la era imposible aceptar.

Empero el mal se agravó con aquella medida; Ildemaro, cansado de esperarla inútilmente en casa de Marciana una y otra noche, preguntó por ella.

—Se ha casado, le contestó la anciana observando el efecto que hacian sus palabras.

El jóven no dijo una palabra, se quedó frio como el mármol, toda la sangre afluyó al corazon y sus ojos brillaron de una manera sombría.

Es verdad que él nunca la declaró su amor de una manera terminante; pero ella debió conocer la fuerza de aquella pasion en las pocas noches que se reunieron al rededor de la mesa donde se jugaba á la lotería.

Blanca, que en igual de querer hacer una víctima del jóven pintor, deseaba protegerle, apeló á un extremo demasiado brusco en verdad para curarle de su amor, pues aunque lo consiguió, estuvo muy próxima á ver morir á su pobre amante.

Apenas el infeliz oyó aquella fatal noticia que le confirmaron despues sus amigos, se marchó á su casa con la cabeza trastornada y presa de una agitacion violenta, que produjo la ardientísima fiebre que tantos dias le tuvo luchando con la muerte y la vida, pero

que, gracias al doctor negro, ó mas bien, á Blanca, que le mandó, le hemos visto salvarse.

La visita de Tránsito á la buhardilla, tambien fué obra suya; sabía que la jóven le amaba, é hizo la inspirasen la idea de ir á verla; esperando que al fin llegasen á entenderse, y olvidándola á ella por completo, fuese completa su curacion:

Los acontecimientos que sucedieron ya los saben nuestros lectores; fáltame únicamente hacer una ligera descripcion del jóven para continuar el pendiente relato.

Ildemaro poseia una de esas organizaciones privilegiadas, uno de esos corazones sanos y generosos que no comprenden el mal, porque no le sienten en sí mismos.

Creia á todas las personas buenas y virtuosas y, para convenirse de una maldad ó de un vicio, le costaba inmenso trabajo, y con todo, siempre dudaba hasta ver palpables los efectos.

A causa de esta misma bondad de su alma, llevó algunos desengaños, pero terribles, crueles; cada uno era un golpe mortal para su corazon tan confiado, tan cándido, tan admirablemente bello.

De elevadas aspiraciones, siempre habia trabajado con ardor, esperando que un dia sus cuadros le diesen un nombre, creándose, á fuerza de aplicacion y de estudio, una reputacion justa y merecida que le concediese un puesto distinguido entre los mejores pintores contemporáneos.

Esto en cuanto á su retrato moral; sus cualidades físicas no eran menos importantes.

Dotado de una hermosura varonil, reunia á su elevada y gallarda estatura, unas formas nerviosas y admirablemente modeladas, un cútis moreno, pero que unido á su cabello y á sus ojos negros como el terciopelo, le daban una gracia y una espresion encantadora.

Una cosa tenia de particular, que no deben olvidar nuestros lectores, y era encima del lábio superior, una mancha de color rojo muy subido que parecia una fresa.

No dejaba de llamar la atencion, porque, á pesar de que queria